

---

*Diez Días que Paralizaron al Neoliberalismo*

## **Mejor Tarde que Demasiado Tarde**

- ★ Nunca Existió Alternativa a la Solución Política
- ★ Es Imposible Responder con Balas a la Pobreza
- ★ Si Camacho Fracasa, Todos Saldremos Perdiendo

LORENZO MEYER

Mejor tarde que demasiado tarde. Bienvenida la declaración unilateral de cese al fuego en Chiapas hecha por la Presidencia. Desde el inicio, no había alternativa real para el gobierno que intentar la solución política. El Supremo Gobierno era la parte fuerte en lo militar, pero la débil en legitimidad. A las razones de la pobreza rural, la humillación sistemática y el caciquismo, no se le puede responder con balas, al menos no si se quiere ser eficiente. Hagamos votos, pues, porque la cordura y la inteligencia se mantengan y echen raíz en los círculos del poder.

Por diez largos días la imaginación y la voluntad desertaron y abandonaron el campo neoliberal. Sólo así se puede explicar que transcurriera semana y media en que los aviones "Pilatos", los helicópteros artillados, las tanquetas, fueron la única respuesta real que el gobierno dio al levantamiento campesino

de Chiapas. Un movimiento que si bien humillaba a un poder arrogante, no ponía en entredicho su capacidad de control.

Por diez largos días, el salinismo no tuvo otra respuesta a la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) que la que le impuso el propio EZLN: la violencia. Pero a estas alturas, la historia mexicana y universal nos dice que una rebelión campesina como la de Chiapas, es un problema que no se resuelve en primera, ni en la última instancia, con el Ejército. En México, todas las guerras campesinas han sido derrotadas, pero a costos muy altos, y con secuelas negativas de muy larga duración.

Tras una semana de lucha, los mexicanos escuchamos un mensaje presidencial (6 de enero) que abordó de manera más formal que efectiva el problema que había estallado de manera tan dramática y trágica en Chiapas. Si bien el Presidente reconoció entonces que las condiciones de pobreza en el sur mexicano habían llevado a algu-

nos a una rebelión por desesperación, por otro lado puso la responsabilidad de lo que sucedía en "los profesionales de la violencia", sin dejar ni un pequeño lugar a una autocrítica que le hubiera dado un toque de autenticidad a su posición. La arrogancia del poder permaneció en su sitio. El mensaje del Día de Reyes, por su forma —desde la augusta y lejana oficina en el Palacio Nacional—, y por su contenido —la razón del conflicto está en cualquier lado, menos en un sistema de gobierno caracterizado de mucho tiempo atrás por su contradicción con el estado de derecho y con la equidad—, no estuvo a la altura de las circunstancias. Fue por ello que no logró neutralizar las terribles imágenes de los cadáveres de jóvenes rebeldes alineados en el piso del mercado de Ocosingo con evidentes señas de haber sido muertos después de su captura, ni las de los "Pilatos" bombardeando zonas donde se sabía, que además del EZLN, había población civil.

Por diez días, el Ejército —sus acciones y sus comunicados—, desdibujaron a las autoridades civiles en

su conjunto. El gobernador de Chiapas, simplemente desapareció de la escena. El secretario de Sedesol apareció por un momento para ofrecer dar más de lo mismo que ya había fallado y luego regresó a la capital. La presencia en Chiapas del titular de la Comisión Nacional de Derechos Humanos no impidió que a partir del día 6, el Ejército aislara la zona del conflicto y prohibiera que sus acciones fueran presenciadas por la única fuerza que en ese momento podía moderar los abusos a los derechos humanos, y que no era la CNDH, sino la prensa, la radio, la televisión (en particular la extranjera) y las organizaciones no gubernamentales de derechos humanos. El hecho de que por varios días, y en medio del conflicto más serio al que se ha enfrentado el grupo salinista, los voceros civiles del gobierno fueran los subsecretarios y el oficial mayor de la Secretaría de Gobernación, fue un espectáculo penoso, la admisión tácita del pasmó gubernamental.

Finalmente, el 10 de enero, la imaginación y la voluntad retornaron a Los

Pinos. El secretario de Gobernación, gobernador con licencia de Chiapas, pariente político del Presidente, personaje identificado con "la mano dura" en materia de acción política y que hasta hacía poco había negado la existencia de un problema guerrillero en su estado, fue excluido del gabinete. La responsabilidad del puesto fue entregada a un personaje muy distinto, no identificado por una militancia partidaria directa, y conoedor de lo que debe de ser un verdadero estado de derecho: Jorge Carpizo.

Una decisión presidencial aún más importante que la anterior —porque busca devolverle a la política el lugar que en este momento ocupan las armas—, fue el nombramiento de un comisionado para la Paz y la Reconciliación. Dentro del muy estrecho círculo del salinismo, la persona más adecuada para el puesto era Manuel Camacho y a él le dieron el encargo. Camacho no se ha distinguido precisamente por su eficiencia como administrador, pero sí como negociador y concertador. Lo probó después del sismo de 1985 y más tarde en sus negociaciones con el cardenismo o el comercio ambulante. La cercanía de Camacho con Carlos Salinas ofrece la seguridad de que el negociador tiene la capacidad de tomar decisiones y de llegar a compromisos.

El comisionado para la Paz y la Reconciliación de Salinas tiene la obligación de hacer todo lo que esté de su parte, sin reservas ni mezquindades, para llevar a cabo lo que, como ciudadanos, un buen grupo de mexicanos exigimos: que se ponga de cabeza el dictum del general Karl von Clausewitz. Si el militar prusiano definió a la guerra como la continuación de la política por otros medios, hoy la guerra de Chiapas debe retornar a su origen: a la disputa política, a la negociación y no a la guerra. Una encuesta hecha en el Distrito Federal por el diario Reforma (7 de enero), muestra que mientras 24 por ciento de los encuestados apoya la idea de usar la fuerza para someter a los rebeldes, casi 70 por ciento pide lo contrario: que se busque la solución pacífica.

No hay duda que Carlos Salinas está corriendo un riesgo al poner al frente de la Secretaría de Gobernación —la secretaría política por excelencia— a una persona que no está plenamente identificada con el político que él, tan abiertamente y ostentosamente, designó como sucesor —Luis Donaldo Colosio—. Y lo mismo se puede decir de la decisión presidencial de poner en el ojo del huracán, y en el ojo de las cámaras, al principal rival interno de Colosio. Y todo esto mientras la campaña electoral y las figuras de los candidatos, en particular del oficial, quedan en un segundo plano.

El costo que el "pequeño ejército loco" de Chiapas le está haciendo pagar al salinismo, es alto, pero no el más alto. La aparición del EZLN puso al descubierto lo extraordinariamente injusto de la distribución de la riqueza y el poder en México. También mostró lo absurdo de la pretensión neoliberal de meter al Primer Mundo a una parte de México —la minoría— mientras la otra se quedaba en la sala de espera, uno, dos o tres decenios. Otra parte de este costo es, en fin, el desarreglo que los cambios en el gabinete han introducido en el proyecto de sucesión, basado en la tradición del dedazo y montado tanto en el Pronasol como en el partido del Estado. Sin embargo, ese precio es relativamente bajo comparado con el que Salinas, el salinismo y el país en su conjunto, puede llegar a pagar si la guerra se sale de Chiapas

—como está sucediendo con los actos de terrorismo— y si se prolonga y afecta la relación de la economía mexicana con el capital externo.

Fue justamente por no entorpecer el paso del Tratado de Libre Comercio (TLC) en el Congreso de Estados Unidos el año pasado, que el gobierno salinista no admitió ni enfrentó el problema de la sublevación que se preparaba en Chiapas. Sacar a la superficie el problema, hubiera dado municiones a los enemigos del TLC, por eso se le escondió bajo la alfombra. El TLC fue aprobado en Estados Unidos en la creencia de que la estabilidad mexicana estaba asegurada, que había consenso para que México se integrara al cabús de la "civilización norteamericana", y con la condición implícita de que el sistema político mexicano se encaminaría, lenta pero seguramente, por el sendero de la democracia que no era pero podría ser. Si Washington no cuestionó la autenticidad de la peculiar democracia del PRI, fue, en parte, porque estaba seguro que la estabilidad mexicana estaba mejor garantizada por el discreto autoritarismo salinista que por la incertidumbre de la democracia, pero quizá ese

ya no sea el caso.

En su discurso del 6 de enero, el Presidente aseguró que la acción del EZLN es una acción contra México. La afirmación es discutible, pero lo que es indudable es que la imagen del gobierno de Carlos Salinas y de su proyecto político en el exterior —de donde debe de venir el capital para modernizar la economía— han sufrido un golpe muy duro.

La televisión norteamericana, pasó una y otra vez a millones de televidentes, tanto las escenas de los combates como de la miseria extrema de algunas comunidades indígenas y de la rudeza innecesaria de la fuerza pública. Las imágenes captadas por un grupo de reporteros de televisión (Univisión), es decir, de civiles, bajo el fuego de la fuerza aérea, mostró de la manera más gráfica lo difícil que es hoy el respeto a los no combatientes en Chiapas. El día 11 volvió a repetirse el incidente, esta vez en Nuevo Momón, cuando un helicóptero Bell disparó, para amedrentarlo, sobre un grupo de periodistas mexicanos y extranjeros.

La prensa europea está publicando en primera plana los sucesos de México —incluidos los de terrorismo—, y lo que es peor, es-

tá dando cabida a artículos de opinión críticos, no de México, sino de su gobierno. El País, de España, por ejemplo, que por años fue un diario tan salinista que pudo presentar las explosiones de Guadalajara como una victoria política del Presidente, es ahora un lugar abierto al cuestionamiento y la crítica de la relación entre el gobierno mexicano y su sociedad. El New York Times, tan benigno con las manifestaciones de autoritarismo del neoliberalismo mexicano, es ahora capaz de expresar su temor por los abusos de las fuerzas del gobierno en su intento por sofocar rápido la revuelta (6 de enero), y da cabida en su página de opinión a análisis críticos como el del profesor Jeffrey Rubin —la democracia no llegará necesariamente a México como un resultado del TLC— o del informe del Minnesota Advocate for Human Rights sobre los sucesos que tuvieron lugar en Chiapas en abril y mayo de 1993 (toma de poblaciones enteras por la policía y el Ejército e interrogaciones bajo tortura).

En fin, es claro que el éxito de la apertura económica de Salinas, requiere mantener a toda costa la confianza de los inversionistas y el apoyo de los go-

biernos de Estados Unidos, Europa Occidental y Japón. Todo eso está en peligro si la lucha en Chiapas se prolonga, si el "triumfo" del poder se hace a costa de matanzas registradas por la televisión, si el terrorismo realmente se instala al norte de ese estado, y si el rostro autoritario del sistema político aparece tras la máscara de la modernidad. Por todo ello, es indispensable para el Presidente, lograr lo más rápidamente posible una solución política al conflicto, incluso si el costo es pensar lo que hasta antes del año nuevo era impensable en los círculos del poder: modificar sustancialmente el sistema político vigente, de tal manera que no sea posible argumentar, como hoy lo hace el EZLN, que en México el fraude electoral y la prepotencia de un poder monopólico ha cerrado la puerta a la política y no queda otro camino que la violencia.

Si corremos con suerte y el comisionado para la Paz y la Reconciliación tiene éxito, la tragedia de Chiapas se podrá convertir en un triunfo para el país en su conjunto. Pero si fracasara y las armas volvieran a ocupar el centro del escenario, todos saldremos perdiendo, y no podemos darnos ese lujo.